

Ecos

de la

Compañía



1989

n.º 4 Abril

Abril 1989

Sumario

VIDA DE LA COMPAÑÍA

Nombramiento de Sor LATSCHA, Consejera General para la lengua francesa. Circular del Padre General	121
¿Estamos paralizados? Padre McCullen	123
Votos y humildad de la Sierva de los Pobres. Padre Lloret	126

HISTORIA DE LA COMPAÑÍA

Testimonio que dio Bárbara Bailly sobre las virtudes de Luisa de Marillac, Sor Elisabeth Charpy	135
-------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

LA ACTUALIDAD DE LAS PROVINCIAS

Provincia de Gran Bretaña: La Fe traslada... las montañas	140
--------------------------------------------------------------------	-----

TESTIMONIOS

Provincia de la India: Servicio a los niños y jóvenes. Sor Ana	143
Cuasi Provincia: El «Ospizio Pontificio Santa Marta». Sor Ana María	145
Provincia del Próximo Oriente: La Escuela de Abbassieh en Egipto. Sor Charlotte	147
Provincia de Nápoles (Italia): «Cuando Dios pasa, hay que guardar silencio». Sor Paola	149
Provincia de San Sebastián (España): «Es tu Dios quien te envía». Sor Rosalina	151

Nombramiento de la Consejera General para la lengua francesa

Circular del Padre Richard McCullen, Superior General
París, 7 de marzo de 1989

Mis queridas Hermanas:

¡La Gracia de Nuestro Señor sea siempre con nosotros!

En la Celebración de la Eucaristía del lunes 6 de marzo, que precedió a la Sesión del Consejo General, con la certeza de que por la Comunión de los Santos Sor Christiane FOUCHEROT rogaba con nosotros y por la Compañía, pedimos intensamente al Señor que nos concediera su Luz.

Después de un atento examen de los resultados de la Consulta prevista por la Constitución 3.31, y con el pleno consentimiento de la Superiora General y de su Consejo, nombré ayer Consejera General Suplente para el grupo lingüístico francés a Sor Marie-Anne LATSCHA, que ha aceptado este nuevo servicio con una generosidad incondicional y un gran espíritu de Fe.

Directora del Seminario interprovincial de Francia desde 1984, muchas de entre ustedes conocen ya a Sor Marie-Anne. Entró en la Compañía en 1967 en la Provincia de LILLE, estuvo destinada sucesivamente en el Instituto técnico de Loos, en el Norte, después en Chalons-sur-Marne, donde se ocupaba de la Catequesis, con una interrupción de 1972 a 1978 como Hermana de Oficio en el Seminario.

La espiritualidad vicenciana se caracteriza principalmente como una espiritualidad del acontecimiento. Ante la llamada que se le presenta hoy, Sor LATSCHA comprende que el Señor le invita a extender su mirada y su corazón sobre la Compañía entera, y sobre los Pobres que esperan de cada Hija de la Caridad, en todos los continentes, un poco de alegría y de esperanza.

Estoy seguro de su ferviente oración por Sor LATSCHA y por cada uno de los miembros del Consejo General. Unido a ustedes, hago mías las palabras que San Vicente pronunció el 2 de febrero de 1653:

«Sé bendito, Dios mío, por las gracias que has concedido a los miembros de esta pequeña Compañía. ¡Sigue concediéndoselas, Dios mío, por favor!»

En el amor del Señor, suyo afectísimo.

Padre Richard McCullen, c.m.
Superior General

¿Estamos paralizados?

Homilía del Padre McCullen
Cursillo Vicenciano Internacional, 7 de marzo de 1989

Mis queridas Hermanas:

Estoy seguro de que varias entre ustedes han experimentado cierto sentimiento de simpatía por el Parálítico del Evangelio de hoy. Según observa San Juan, había pasado no menos de 38 años acudiendo a la piscina en espera de que le tocara el turno de entrar en ella tan pronto como el Ángel hubiera removido las aguas comunicándolas su poder curativo. Quizá hay alguna entre ustedes que ha esperado todo ese tiempo para que le invitaran a venir a la Casa Madre y poder participar en el Cursillo Vicenciano Internacional... Por fin, ahora ya ha llegado a la fuente de gracia que tanto contribuye a arraigar y fortalecer a las Hermanas en su vocación de Hijas de la Caridad. No dudo de que quedan otras muchas Hermanas en las Provincias a quienes les hubiera gustado tomar parte en esta experiencia que ustedes han tenido; pero — como le ocurría al pobre hombre del Evangelio — otras se les han adelantado.

No dice nada el Evangelio de hoy acerca de si el parálítico, una vez curado por Nuestro Señor, dio las gracias a su bienhechor. Más bien parece que se dirigió a los Jefes del pueblo y, prudente o imprudentemente, no lo sé, les dijo que había sido Jesús quien le había curado. Sea como quiera, yo les sugeriría a ustedes que su última oración antes de dejar la Casa Madre y su Capilla, fuese una oración de acción de gracias al Señor y a su Madre por haberlas traído a esta piscina de gracia en la que tantas otras como ustedes han encontrado fortaleza para continuar sirviendo y aliviando a los Pobres.

El Evangelio de hoy nos presenta a un hombre parálítico que yace ante Nuestro Señor. Nuestro Señor le cura y algo más tarde le dice que no peque más. Parece como si hubiera una semejanza, una relación entre la parálisis y el pecado. Me pregunto si Jesús no quiere sugerirnos con esto que el pecado es una forma de parálisis, una incapacidad de sentirnos culpables, una insensibilidad ante la necesidad que tenemos de recibir el perdón de Dios.

Fue el Papa Pío XII quien dijo que «el pecado de este siglo era la pérdida del sentido del pecado». La parálisis, según el diccionario, es «una incapacidad parcial de movimiento o de sensibilidad». Casi podríamos definir también el pecado como una incapacidad para moverse y sentir con Jesucristo. Los Santos son aquellos que más desarrollaron su capacidad de moverse y sentir con Jesucristo, y en esto precisamente reside la grandeza de San Vicente. Los Santos son aquellos que menos paralizados se han sentido por el pecado. La parálisis del pecado es una epidemia muy extendida en nuestros días. Hay quien nos dirá hoy que no está convencido de que el aborto, la eutanasia, el divorcio... sean cosas malas. Quizá no lleguemos a sufrir la parálisis en grado tan alto, pero sí podemos sufrir lo que San Vicente llama en nuestras Reglas Comunes «una insensibilidad con relación al honor de Dios y a la salvación de nuestro prójimo». Es posible que nos sorprendamos alguna vez diciendo que no sentimos tener necesidad del Sacramento de la Penitencia y que no sabemos qué pecados confesar. Todo esto puede ser un síntoma de cierta parálisis espiritual, que es pecado.

¿Qué terapia puede recomendarse para esta parálisis del pecado que nos aqueja? Para empezar, es una buena práctica la de que, al final de cada día, dediquemos algunos momentos a dar gracias a Dios por su bondad hacia nosotros y que reflexionemos en qué hemos faltado, a El y a nuestro prójimo, durante el día. En segundo lugar, un cristiano que puede, humildemente y con regularidad, hacer un acto de Fe en el Sacramento de la Penitencia, llegará a ver y a sentir la presencia del pecado y de la imperfección en su vida. Esta experiencia puede ser un tanto dolorosa, pero ese mismo dolor es señal de que la parálisis va remitiendo. Cuando San Pablo escribió a los Romanos, les habló de que «estáis... vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rm., 6, 11). Parte de la eficacia del Sacramento de la Penitencia es la de comunicarnos mayor vida con los movimientos y sentimientos de Cristo Jesús. En el ritual del Sacramento de la Penitencia, la Iglesia sugiere al penitente esta oración:

«Señor Jesucristo, Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, reconcíliame con tu Padre por la gracia del Espíritu Santo. Lava en tu Sangre todas mis faltas y haz de mí una nueva criatura para alabanza de tu gloria. Amén.»

Cada vez con más frecuencia en estos últimos años, nos hemos referido al Sacramento de la Penitencia no tanto como a la confesión sino como al Sacramento de la Reconciliación. Ahora bien, el tiempo de Cuaresma es ciertamente por antonomasia el tiempo de la Reconciliación. Si padecemos parálisis espiritual en mayor o menor grado, es debido seguramente a un fallo en nuestro deseo de reconciliarnos con Dios, con la Iglesia, con la Comunidad, con nosotros mismos. El Sacramento de la Reconciliación puede mejorar nuestra experiencia de vivir. El Papa Juan Pablo II ha puntualizado esto en su Exhortación Apostólica sobre la Penitencia y la Reconciliación:

«... hay que añadir que tal reconciliación con Dios tiene como consecuencia, por así decir, otras reconciliaciones que reparan las rupturas causadas por el pecado: el penitente perdonado se reconcilia consigo mismo en el fondo más íntimo de su propio ser, en el que recupera la propia verdad interior; se reconcilia con los hermanos, agredidos y lesionados por él de algún modo; se reconcilia con la Iglesia; se reconcilia con toda la creación... Cada confesonario es un lugar privilegiado y bendito desde el cual, canceladas las divisiones, nace nuevo e incontaminado un hombre reconciliado, un mundo reconciliado». (III, cap. 2, n. 5).

Queridas Hermanas: han llegado ustedes al final de su cursillo. Les deseo un feliz regreso a sus Provincias. Han recogido mucho fruto, estoy seguro de ello, en este Encuentro aquí en la Casa Madre. Que este fruto, citando palabras con las que terminaba la primera lectura de esta mañana: «sirva de alimento y sus hojas de medicina» (Ez. 47, 12). Amén.

Padre McCullen, c.m.
Superior General

Votos... y humildad de la «sierva de los pobres»

En la Circular que Madre Duzan dirigió a toda la Compañía el 2 de febrero último, me ha interesado de manera especial cómo pone de relieve la relación entre la humildad —virtud de «estado» de la Hija de la Caridad— y los Votos que van a renovar ustedes. Y tiene intención de hacer otro tanto, después, con la sencillez y la caridad.

En ello hay algo primordial y yo precisamente estoy pensando, hace mucho tiempo, hacer un estudio, en profundidad, a este respecto. En efecto, humildad, sencillez y caridad son el «alma» de la vocación y de la vida de ustedes; por tanto, dichas virtudes deben impregnarlo todo, empezando, indudablemente, por su servicio a los Pobres —que por lo demás constituye el objeto de su voto especial, específico— pero también han de impregnar, en unidad de vida, la manera como han de vivir ustedes la castidad, pobreza y obediencia, en tanto que Hijas de la Caridad. Recuerden la frase tan conocida de Santa Luisa:

«Y como la obediencia puede ser observada diversamente, me ha parecido que para que (la nuestra) sea tal como Dios nos la pide, es necesario que obedezcamos con gran sencillez y humildad». (Corr. y Escr. n.º 194, p. 769).

Madre Duzan nos invita a «profundizar en el tema». Esto es, pues, lo que les propongo, comenzando por la relación entre la humildad y el «voto» como tal, en su vida de Hijas de la Caridad y, más especialmente, el voto de servicio a los pobres», que, según la profunda expresión de la Madre Carrère (Circular del 1.º de febrero de 1841) «resume todas nuestras obligaciones y debe ser el móvil de nuestra conducta, incluso con relación a los demás votos, que son, por lo que a nosotras se refiere, la regla y el apoyo de éste»... Sí, hace falta mucha humildad para «consumirse por Dios sirviendo a los Pobres».

1. VOTO Y HUMILDAD

1.1. ¿«Dar» o «recibir»?

Si el voto como tal es, por excelencia, la expresión del «don total», del compromiso a vivir la plenitud del bautismo según nuestra vocación, somos conscientes, al hacerlo o al renovarlo, de que recibimos infinitamente más de lo que damos.

a. «Nunca podremos ofrecerte, Señor, más que los dones recibidos de Ti».

La oración litúrgica está sembrada de fórmulas de este estilo: «¿Qué tienes que no hayas recibido?». «Todo procede de Ti, Padre infinitamente bueno, te ofrecemos las maravillas de tu amor». «Al coronar sus méritos, coronas tu propia obra». (Prefacio de los Santos).

La humildad es la verdad. Estas fórmulas nos sitúan de entrada en nuestro verdadero puesto ante el Señor como sus criaturas que reciben de El en todo instante, «la vida, el movimiento y el ser» y como hijos suyos que no pueden nada sin El. Es evidente que nunca habiéramos podido acceder a su comunión trinitaria si El no hubiera venido a nosotros, el primero, en su Hijo por el Espíritu; nunca habiéramos podido salir de nuestra miseria si, en su misericordia, no hubiera tomado la iniciativa de enviarnos al Cordero que quita el pecado del mundo y restaura nuestra naturaleza de una manera más maravillosa aún de lo que ha sido creada.

Es decir, que el «Voto» es, ante todo, *«un reconocimiento» de nuestra pertenencia radical al Señor.* La palabra «re-conocimiento» tiene aquí un doble significado de «toma de conciencia» y de «acción de gracias». Una no va sin la otra; una y otra son humildad: «Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor». Nada hay mayor ni más instructivo en María que su humildad de Sierva. Los Votos se inscriben y enraizan en el Misterio de la Alianza nueva y eterna que Dios nos propone en la muerte y resurrección de su Hijo y en su Iglesia, fuente y sacramento de nuestra salvación bajo la acción del Espíritu: «Te ofrecemos, Padre, el pan de vida y el cáliz de salvación y te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia», es decir, de rendirte este culto, el único que te glorifica verdaderamente como Tú debes ser glorificado, Tú, el Autor de todo bien, la Fuente de toda bendición. Pronunciar o renovar los votos durante la Misa es darles toda su fuerza de significado en la línea de la verdadera humildad.

b. «Esperar contra toda esperanza...»

Los votos son una respuesta de amor y una llamada de Amor. De este amor de Caridad, no puede separarse una expresión tan rica como posible de la Fe y de la Esperanza en la humildad.

¿Cómo podríamos comprometernos si no contáramos, ante todo, con *la eterna fidelidad de la misericordia divina?*... Para fundar nuestra esperanza, no nos apoyamos, en definitiva, en ninguna otra cosa, en nadie más que en Dios mismo.

Ya en el Antiguo Testamento el pueblo de Israel le repetía sin cesar su confianza con esas fórmulas maravillosas que volvemos a emplear en los Salmos: era lo que convenía de una manera especial en aquel tiempo de espera y de peregrinación. De hecho, nos encontramos todos y siempre de peregrinación, pero en el Nuevo Testamento, Dios se hace nuestro socorro y protección en Jesucristo. Santo Tomás de Aquino decía que la verdadera base de nuestra esperanza no está en los socorros de Dios, sino en *Dios mismo que nos auxilia*, es decir, en ese Jesús cuyo nombre significa «Salvador», palabra tan querida a San Vicente.

En el momento en que pronunciamos o renovamos nuestros votos, sabemos que no faltarán dificultades, previsibles o imprevisibles:

«Saquemos fuerzas de nuestra flaqueza, que sirve de ocasión a Nuestro Señor para hacerse El mismo nuestra fuerza». (San Vicente a Isabel du Fay, Coste I, 225 - Síg. I, 272).

Vivir la Esperanza es vivir la Fe en la paciencia y las pruebas, *es dejar a Cristo que viva en nosotros su humildad llena de confianza y de pobreza*. No solamente ponemos nuestra confianza en El, sino que tenemos la seguridad de que, en El y por El, todo lo que hay de torpeza, de miserias, de infidelidades, en nosotros y en el mundo se transformará en manifestación de la gloria de Dios. Por eso, la Esperanza crece en aquello incluso que parece debiera hacerla desaparecer, a la manera de Abraham, del que dice San Pablo: «El cual, esperando contra toda esperanza, creyó y fue así padre de muchas naciones según le había sido dicho: Así será tu descendencia». (Rom. IV, 18).

En aquel caso, no son sólo los acontecimientos los que contradicen el plan divino, sino que es Dios mismo el que parece inconsecuente con su propio plan, ya que pide a Abraham que sacrifique al Hijo de la Promesa. «Dios proveerá»: el corazón de Abraham descansa total y humildemente en Dios a pesar de las apariencias contrarias. San Vicente habla en la misma línea:

«Tres hacen más que diez cuando Dios echa una mano y la echa siempre que quita los medios para hacerlo de otro modo». (Coste IV, 116; Síg. IV, 117).

1.2. Jesucristo, «manantial y modelo de toda caridad»

Todo esto adquiere un relieve especial cuando se trata de los votos de las Hijas de la Caridad, siervas de Jesucristo en los Pobres. Con toda humildad se entregan a Aquel que es «el Manantial y Modelo de toda Caridad».

a. Los votos como ratificación del «don total» de las Hijas de la Caridad

Al pronunciar sus votos por primera vez y al renovarlos después, las Hijas de la Caridad *confirman esta identidad de siervas* que les es propia desde su entrada en la Compañía. Madre Duzan recuerda a este respecto la Constitución 2.3, tan expresiva:

«La humildad les hace tomar conciencia de su propia indigencia ante el Señor; las acerca al Pobre y las mantiene, ante él, en actitud de siervas».

Si los pobres son sus amos, las Hijas de la Caridad tienen mucho que aprender de ellos; si los pobres son sus señores, ellas les deben una total disponibilidad sin ninguna búsqueda de sí mismas.

De hecho, las Hijas de la Caridad encuentran en ellos a Aquel que dijo: «Vosotros me llamáis 'el Maestro' y 'el Señor' y decís bien porque lo soy»; encuentran a Aquel que, después de haber lavado los pies a sus apóstoles, explica: «Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (Jn. 13, 13-14). No podrían afirmar que *la Caridad de Cristo Crucificado las apremia* si no se aplican constantemente a sacar de su divino corazón los sentimientos mismos del Señor Jesús, a dejarse invadir por su Espíritu de Servidor manso y humilde.

b. Los votos como confirmación de la pertenencia a la Compañía

La pertenencia a la Compañía no está, propiamente hablando, determinada por los votos, sino que, como todo lo demás, *queda, de algún modo, ratificada y confirmada por ellos*. Sabemos, efectivamente, que para permanecer en la Compañía, se requieren los votos en el momento previsto para ello y deben renovarse anualmente. La Hija de la Caridad repite con más fuerza su *humilde dependencia* de esta familia espiritual a la que pertenece y que le da el encargo de servir a los pobres en un lugar determinado y bajo una forma determinada. Renunciando a sus miras demasiado personales, se hace más perfectamente disponible. Y quien dice «disponibilidad» dice «humildad»; quien dice «humildad» dice «disponibilidad».

Dicho de otro modo, los votos hay que juzgarlos *a la luz del fin principal de la Compañía*. Se emiten para garantizar la estabilidad y la calidad del don total para el servicio de los pobres y la estabilidad y calidad de este servicio como expresión de este don total. En el día de la Renovación la Compañía entera asume más profundamente su carisma de amor sencillo y humilde. Y cada uno de sus miembros debe tomar conciencia más viva de pertenecer a dicha Compañía viviendo cada vez más de su espíritu. Los Fundadores hablan de una «humildad corporativa». Todos juntos, vaciándonos de nosotros mismos, como gustaban de decir ellos, dejemos que Dios nos invada para que actúe como El quiere en nosotros y a través de nosotros.

2. «HUMILDAD» Y «VOTO» DE SERVICIO A LOS POBRES

Lo esencial lo hemos dicho ya. Recordemos que, en palabras de las Constituciones:

«Con una inquietud constante por «todo el hombre», las Hijas de la Caridad, por medio de un voto especial, se comprometen a servir a los Pobres corporal y espiritualmente, conforme a las Constituciones y Estatutos, ya de manera directa, ya indirecta, según lo estimen conveniente sus Superiores para el bien común». (C. 2.9).

La humildad aflora a lo largo de toda esta frase, una de las más densas de las Constituciones. Tratemos de explicitar esto un poco insistiendo en algunos puntos de orden teórico y de orden práctico.

2.1. Convicciones

Dirijamos nuestra mirada, a la vez, hacia Jesucristo y hacia los Pobres.

a. *Hacia Jesucristo*

«Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón». (Mat. XI, 29). Por tanto no podemos ser sus verdaderos discípulos sino a condición de que compartamos esta humildad, de que dirijamos *una mirada sencillamente abierta hacia sus opciones y actitudes de «Servidor»*. Precisamente, en el interior de esas opciones y de esas actitudes es donde efectúa la misión que ha recibido del Padre de llevar la Buena Nueva a los Pobres. El es el Mesías a quien Isaías anunció y que rehúsa hacerse servir. El es el «*Amor humillado hasta nosotros*», como decía San Vicente.

Esto significa decir *la primacía de la pobreza de espíritu*. No se puede servir a los pobres sin esta profunda humildad del corazón tan bien definida por las Constituciones como:

«Acogida al Espíritu que abre al amor de todos e impulsa a las Hijas de la Caridad a poner al servicio de sus hermanos su persona, talentos, tiempo, trabajo, lo mismo que los bienes materiales, que consideran como un patrimonio de los desheredados». (Cf. C. 2.7).

La razón se ha indicado un poco antes:

«Los corazones pobres son bienaventurados porque poseen el Reino de los Cielos: por eso, aceptan con paz las contradicciones y fracasos, las limitaciones propias y ajenas».

b. *Hacia los pobres*

Esta pobreza del corazón nos hará percibir nuestra relación con el pobre como *una evangelización recíproca*. En el momento en el que Juan Pablo II acaba de publicar su exhortación apostólica post-sinodal sobre los fieles «laicos»», de la que ya hablaremos, hemos de comprender mejor que debemos, y en qué sentido debemos, ponernos de todo corazón al servicio de su promoción, aceptar no hacerlo todo, estar verdaderamente en nuestro puesto en plena comunión con los otros en Jesucristo y como miembros de la Iglesia.

Volvemos a encontrar aquí el sentido profundo de la *actitud de sierva* que hemos comentado tantas veces. Por lo que a las Hijas de la Caridad se refiere, se trata, según palabras de Madre Rogé, de un «estado permanente» que San Vicente definía así a sus misioneros:

«*Estamos continuamente amando al prójimo o en disposición de ello*». (Coste, XII, 275; Sfg. XI/4, 564).

Nunca meditemos bastante sobre todo lo que esto supone de desasimiento de uno mismo, de constante y total disponibilidad con un amor que, por otra parte, no puede proceder sino de Dios y que irradia su paz, otra señal de un corazón pobre, de un corazón humilde.

En resumen, se trata de toda *una mentalidad* que nos permite evaluarnos incesantemente, volver a examinarnos personal y comunitariamente con una fe humilde. Solamente con esta condición podremos llevar a cabo los famosos «pasos» que pidió ya Madre Guillemin: de una situación de posesión a una situación de inserción, de una postura de autoridad a una postura de colaboración, de un complejo de superioridad a un sentimiento de fraternidad, etc.

2.2. Orientaciones

Dirijamos una vez más nuestra mirada, a un tiempo, a Jesucristo y a los Pobres.

a. *Hacia Jesucristo*

Hemos expresado ya la necesidad de no cansarnos de *contemplar a Cristo Servidor* y de dejarnos impregnar por su espíritu de humildad. No cabe duda de que éste ha de ser uno de los caracteres dominantes de una verdadera oración de Hija de la Caridad.

Por eso gustará también de *una oración compartida*. El compartir, bajo todas sus formas, es siempre un acto de humildad en el que se acepta dar y recibir con la misma sencillez de corazón. Juan Pablo II, en su exhortación, recuerda que el sentido de la Comunión supone, al mismo tiempo que el reconocimiento de un legítimo pluralismo, el rechazo de toda pretensión de exclusivismo y supone también la *voluntad de colaboración* (n.º 30).

En la oración compartida —repetición de oración, intercambio sobre el Evangelio o sobre otro texto fundamental, revisiones de vida, etc.— reconocemos que la misión y los pobres no nos pertenecen, que no es tarea individual sino de la Iglesia y de una Comunidad dentro de la Iglesia. Con toda humildad, es decir, con toda verdad, tomamos seriamente nuestra parte en este trabajo misionero, pero tenemos plena conciencia de estar cooperando, con la gracia de Dios, en algo que nos supera infinitamente. En esos intercambios también han de hacerse los discernimientos necesarios mediante la confrontación de los diversos puntos de vista y con el único deseo de ajustarnos al designio del Señor.

b. Hacia los pobres

Este designio de Dios pasa ordinariamente, por lo que a nosotros se refiere, por *las tareas más humildes*, las menos brillantes, las más prácticas. También en esto se trata, ante todo, de una cuestión «de espíritu», es decir, precisamente de espíritu de servicio en la humildad, cualquiera que sea el oficio que tengamos confiado. Pero es cierto que debemos estar siempre dispuestos a servir al Señor en sus miembros más desprovistos y a través de lo menos «interesante» humanamente; es ahí precisamente donde deben dirigirse nuestras prioridades y nuestras preferencias dentro de la obediencia. Los Fundadores insisten en el amor efectivo y en las «sólidas virtudes» que configuraban la verdadera sierva. Madre Duzan evoca a su vez la necesidad «de una humildad a la que nada haga retroceder y una mirada de Fe que le vaya inseparablemente unida. Ambas harán de nosotras humildes siervas del Señor».

Humildad también *a nivel del estilo de vida*, como lo recomendaban ya nuestros Fundadores. ¿Qué dirían hoy, en un mundo prendado del confort, de las facilidades de toda clase, del consumo desenfrenado, de lo llamativo... Hace falta, verdaderamente, valor para ser pobre y para parecerlo por opción evangélica, corriendo el riesgo de pasar por ser un «iluminado» o un despreciable o no sé qué... Es verdad que algunos —especialmente jóvenes— aspiran a una vida más sana, más sencilla. Sus motivaciones pueden ser válidas, pero no son necesariamente, lejos de ello, las que deben animarnos esencialmente para «ajustarnos a los pobres» y para entrar en una comunión de vida tan efectiva como posible con ellos.

Humildad, finalmente, para convencernos de que *siempre tenemos necesidad de formarnos* desde todo punto de vista y en la línea de la vocación. Es un deber de justicia. Por otra parte, toda nuestra vida debe contribuir a esta formación que no termina nunca y al desarrollo armonioso de nuestra personalidad humana, espiritual, vicenciana.

Para terminar, pienso, una vez más, en nuestras Hermanas Mayores o enfermas. ¡Si alguien sirve en la sombra y en la oscuridad son precisamente ellas!... Ellas contribuyen maravillosamente a la misión común.

«El músico que toca el órgano, no lo toca él solo, sino que le ayuda otro que le da el aire al órgano; es verdad que éste último no lo toca, sino el músico; pero, al dar aire, contribuye a la armonía; y sin él, el otro no haría más que mover los dedos, sin lograr ningún sonido». (Coste XII, 98; Sig. XI/3, 402).

Sí, Hermanas, sean ustedes para nosotros los instrumentos del soplo del Espíritu, como San Juan Bautista que, después de haber cumplido su tarea, consintió con alegría en la disminución que preludia la desaparición. El quiso, positivamente, menguar. El Padre Teilhard de Chardin escribió que un alma no conoce verdaderamente a Dios más que cuando necesita disminuir en El. Es la disminución, la muerte a fuego lento, la que horada en el fondo del alma la apertura por la que Dios irrumpe. Esa disminución logra lo que ninguna actividad por heroica que sea, es capaz de conseguir: ponernos en el estado orgánicamente requerido para que prenda en nosotros el fuego divino». (Varillon, *La Parole est mon Royaume*, Centurion, p. 12).

Recordemos, sobre todo, a María, la humilde Sierva. Resulta sorprendente que su Magnificat sea a la vez un cántico de humildad y una llamada en favor de los humillados por el egoísmo y el orgullo de los hombres. Las dos cosas se relacionan mutuamente. Es necesario un corazón de pobre para trabajar en la verdadera liberación de los pobres y para ayudarles a tener ellos mismos un corazón de pobre dentro de una auténtica liberación.

**Padre Miguel Lloret, c.m.
*Director General***

Conferencia preparatoria a la Renovación 1989

Testimonio que dio Bárbara Bailly sobre las virtudes de Luisa de Marillac

Unos meses después de la muerte de Luisa de Marillac, el «Señor Vicente» reunió a las Hijas de la Caridad para hablar de las virtudes de la difunta. Durante las dos conferencias celebradas con este motivo, varias Hermanas expresaron sus recuerdos; algunas lo hicieron con gran trabajo, tan profunda era su emoción. Una de ellas rompió a llorar y no pudo articular palabra. Otras, como solían hacerlo habitualmente, pusieron por escrito sus pensamientos. El testimonio de Francisca Noret y el de Bárbara Bailly han llegado hasta nosotros. En los Archivos de la Casa Madre, se encuentra también el testimonio de Maturina Guérin, pero éste es de 1661 y responde a una petición que le hizo la nueva Superiora General, Margarita Chétif.

Bárbara Bailly entró en la Compañía de las Hijas de la Caridad el 8 de octubre de 1645, a los 17 años. Tuvo ocasión de conocer bien a la Señorita: después de haber servido en Bicêtre a los niños expósitos, vivió largos años en la Casa Madre, ocupándose de cuidar a las Hermanas enfermas. Asistió asimismo a Luisa de Marillac en sus frecuentes enfermedades y sobre todo en la última, de febrero a marzo de 1660. Bárbara Bailly refiere lo que ha oído a otras y de manera especial lo que ella misma ha observado.

Su testimonio da a conocer que la Señorita habló algunas veces de su juventud a las Hermanas con las que vivía. Bárbara nos dice lo que sabe de la estancia de Luisa —una niña— en casa de la «Señorita pobre»; del atractivo que sobre ella ejercieron las Religiosas Capuchinas. Nos habla también de las visitas hechas por Luisa de Marillac a las Cofradías de la Caridad antes de la fundación de la Compañía; refiere el asunto del muchacho atropellado por el coche en el que iba Luisa de Marillac y cómo se levantó indemne: esto ocurrió en Beauvais.

«Padre, lo que observé en nuestra amada Madre, tan pronto como Dios me hubo llamado a la Compañía siendo yo muy joven y recién salida de una Religión, me edificó mucho más de lo que lo había estado en el convento: la caridad que tenía, su gran paciencia con las Hermanas, que no cabía más. No dejaba pasar nada que mereciera una advertencia sin hacerla, pero con tanta prudencia que empleaba ya el rigor, ya la dulzura según lo que más convenía a los espíritus con quienes estaba tratando; y lo hacía de tal manera que siempre parecía bien lo que ella decía. Esto me ha alentado mucho a perseverar.

Daba a las Hermanas todo el tiempo necesario para que se corrigieran y se hicieran aptas para la Compañía. Una vez dio un plazo de seis meses a una y luego lo alargó otros tres meses; por último, después de haberlo intentado todo, tuvo que salir.

Tenía un gran cuidado de las Hermanas en sus enfermedades, les proporcionaba todos los remedios necesarios y trataba de prestarles personalmente los servicios que podía, yendo a verlas, todos los días si ella misma no estaba en cama; se levantaba con frecuencia por la noche cuando se trataba de ayudar a bien morir a alguna. Cuidaba de prepararlas a recibir los sacramentos y con sólo su presencia ya consolaba mucho a las enfermas. Si su propia enfermedad se lo impedía, les enviaba de su parte, todos los días, a Sor Asistentas para decirles algunas palabras de aliento y demostrarles que hubiera deseado mucho hacerlo por sí misma. Esto lo hacía con todas las Hermanas por igual: les demostraba a todas una ternura de verdadera madre. En cuanto a las que estaban destinadas en las Parroquias, si alguna se agravaba, iba a verla, y había que usar de precauciones para comunicarle la noticia de la muerte de alguna. ¡Cuántas lágrimas ha derramado por tal motivo!, aunque se sometía plenamente a la voluntad de Dios.

Con frecuencia solía mandar a las enfermas parte de lo que a ella le servían, quedándose con muy poca cantidad. Y si alguna vez no parecía demostrar esa misma ternura, era por el miedo de que alguna pudiera acostumbrarse a las «drogas» (medicinas), y no, por supuesto, porque no tuviese el mismo amor por todas.

En los comienzos de la Compañía, tenía tan grande caridad que por sí misma enseñaba a las Hermanas a leer, les hacía repetir la doctrina, el catecismo, hacía con ellas la repetición de oración y les enseñaba a hacer ésta bien.

Los días de fiesta y domingos, hacía reunir a las mujeres y muchachas mayores para explicarles el catecismo. Durante la Cuaresma, lo hacía también con los niños para prepararles a la Primera Comuni3n. Esto era cuando vivíamos en La Chapelle.

He observado que tenía una gran obediencia al Señor Vicente, muy digno Superior General de la Compañía, tomando todo lo que venía de él como de la mano de Dios; y aunque hubiera cosas que ella veía de mucha urgencia pero que no recibían solución tan pronto como hubiera deseado, permanecía en gran paz y tranquilidad admirable y no quería hacer nada ni permitir nada extraordinario sin permiso de él.

Cuando fue cuestión de que marchara a Angers, ella, que tenía por costumbre llevar un velillo por la cara y las manos cubiertas con guantes porque no podía tolerar el aire, tan pronto como supo que tendría que ir allá, empezó a salir sin velillo y sin guantes para acostumbrarse a que le diera el aire y desde entonces no volvió a usarlos nunca, aunque a veces le costara estar enferma. Tampoco dejó de marchar aunque no se encontraba bien. Soportó con gran paciencia las fatigas del viaje: a veces no encontraban dónde alojarse, porque la gente veía el aspecto de pobres que tenían, y ella enferma como estaba... Creyó que le costaría la vida, pero sin embargo no dejó de ir ni de hacer nada de lo que tenía que hacer para el establecimiento del Hospital; y regresó estando todavía enferma tan pronto como supo que era necesario hacerse cargo de los Niños Expósitos. Para éstos tuvo una gran caridad y bondad, mostrándoles un verdadero afecto de madre.

Fue tan sumisa en todo a la voluntad de Dios que con frecuencia El permitía que se encontrara enferma en las mayores fiestas y no pudiera comulgar. Nunca manifestó pena ni tristeza, diciendo sencillamente que Dios no lo había querido y que ella no era digna. Nunca quiso, quizá por humildad, pedir permiso para que se celebrara la Santa Misa en casa, aunque muchas veces se quiso persuadirla de ello, puesto que estando enferma tan a menudo se veía con frecuencia imposibilitada de oírlo. Cuando se le hablaba de este asunto, solía decir: «¡Dios nos guarde de ello!».

Tenía tan grande amor a la pobreza que muchas veces nos recomendaba que nos conserváramos en este espíritu. Y nos daba ejemplo en todo lo que podía, tanto en su comida como en su vestido, el cual era frecuentemente restos del de alguna Hermana que se lo ac modaban para ella. Lo mismo con la ropa blanca y cualquiera otra cosa a su servicio. Nos contaba a veces que siendo jovencita había estado de pensión, con otras señoritas como ella, en casa de una buena señora devota. Y viendo que aquella maestra era pobre, le dijo un día que tomara labor de los mercaderes y que ella trabajaría en provecho suyo. Así lo hizo, alentando a otras compañeras a que hicieran lo mismo. Igualmente, se encargaba de tareas bajas de la casa, como colocar la leña en la leñera ella misma y otras cosas penosas.

Tuvo también gran deseo de ser capuchina y nos decía que cuando iba al convento se sentía llena de alegría apenas divisaba los muros del mismo. A veces hacía penitencia comiendo raíces. Fue contra su voluntad y por obedecer a los suyos, como consintió en el matrimonio, y en su vida de casada no dejó de tener gran devoción.

Tuvo siempre un gran celo por la salvación de las almas, yendo por los pueblos para instruir a los pobres y poniendo en marcha las escuelas. Y en esas ocasiones llegó a vivir tan pobremente, que a veces tuvo que acostarse en el suelo sobre un poco de paja, tanto ella como la Hermana que la acompañaba, y al tomar alimentos de baja calidad, llegó a caer enferma más de una vez.

Otra vez fue a un pueblo en el que las mujeres estuvieron tan contentas de escucharla que fueron a contárselo a sus maridos y éstos quisieron también asistir a sus pláticas; se les hizo notar que los hombres no asistían a ellas y entonces fueron a ocultarse debajo de la cama y en otros lugares de la casa para escuchar sin ser vistos. Después preguntaban si confesaba... En el momento del regreso de aquel lugar, todo el mundo la seguía y los niños corrían detrás. Uno de éstos se cayó bajo la rueda de la carreta, pero la Señorita elevó su espíritu a Dios para orar por aquel niño, que resultó ileso, de lo que ella dio gracias a Dios.

Algún tiempo después de que se hubiera decidido que todas las Hermanas irían vestidas y cofiadas en la forma en que van ahora, todas igual, ella también quiso tomar la cofia de las Hermanas y lo hizo un día de Pentecostés. Fue a la iglesia llevando la cabeza cubierta sólo con la «corneta», y se puso un cuello como los nuestros; pero su estado de salud se resintió de que fuera tan desabrigada y cayó enferma de modo que tuvo que desistir de su propósito, volviendo a adoptar su propio tocado. Pero siempre manifestó lo que le hubiera agradado, si Dios lo hubiera permitido, ir vestida como las demás. Y como su salud no se lo permitía, se consideraba indigna de ser llamada Hermana de la Caridad. Repetía que no lo merecía, puesto que no hacía como las otras Hermanas, aunque varias veces lo hubiera intentado: por ejemplo, levantarse a la hora de todas por las mañanas y hacer los demás ejercicios; pero siempre cala enferma.

Sufrió con gran paciencia y conformidad con la voluntad de Dios todas las dificultades que se presentaban en la dirección y gobierno de las almas de que estaba encargada. Y cuando alguna vez yo le manifestaba mi pena por lo que sabía estaba sufriendo en aquel momento, me contestaba que había que someterse a la voluntad de Dios.

En los últimos años de su vida, he observado que se hallaba completamente desasida del cariño que tenía por su familia a la que siempre amó tiernamente. Pero a las miradas de ellos y aun de las Hermanas, resultaba evidente que quería se desprendieran de ella, y por su parte no demostraba tanto afecto sensible como en tiempos anteriores había hecho. Creo que era para prepararnos a que nos separáramos de ella.

Además de lo que se ha dicho de ella en su última enfermedad, yo he observado la presencia de espíritu que tuvo incluso momentos antes de entrar en la agonía. Una Hermana llegó a verla y, como estaban corridas las cortinas, le dijo su nombre. Al momento, la Señorita se acordó de una pena interior que tenía dicha Hermana, y le dijo: «Hermana, ruego a Dios que la libre de la aflicción en que se encuentra». Sabía, en efecto, que la muerte del difunto Sr. Portail le había sido muy sensible y aumentaba sus demás penas».

Como todas las Hermanas que hablaron en las dos conferencias sobre las virtudes de Luisa de Marillac, Bárbara con mucha sencillez destaca su caridad, su deseo de dar a conocer a Jesucristo, de compartir esa llama viva de Amor de Dios que ardía en ella, su preocupación por su propia fidelidad a Dios y la de la Compañía viviendo de acuerdo con la vocación recibida: la de «ser sierva de Jesucristo en los Pobres».

Este testimonio es una invitación, como dijo San Vicente el 24 de julio de 1660, a que sepamos descubrir las riquezas que nos han dejado en herencia Luisa de Marillac.

Sor Elisabeth Charpy

Provincia de Gran Bretaña: La Fe traslada... las montañas

En 1987 y 1988, la CEE (la Comunidad Económica Europea) entregó gratuitamente carne, mantequilla y queso, procedentes de montañas de productos sobrantes almacenados en el Reino Unido y en otras partes. **La Sociedad de San Vicente de Paúl y la Acción Pastoral y Social de Caritas**, formaban parte del puñado de organismos autorizados para distribuirlos.

Casi todas las casas de la Provincia colaboraron en esta distribución, que iba dirigida generalmente a beneficiarios individuales —indigentes, ancianos— y algunas veces a instituciones diversas.

Sor Noreen estaba entre las personas que trabajaron a estos dos niveles. Su jefe de equipo, Señor Gilvin, tuvo la amabilidad de explicarnos cómo los Servicios Sociales Católicos habían organizado la distribución en la Archidiócesis de Liverpool:

Los criterios de distribución eran los siguientes: los productos habrían de entregarse gratuitamente a las personas que dependen de la «Ayuda Suplementaria» y del «Complemento del Ingreso Familiar», así como a otros grupos de personas sin domicilio, que viven en un albergue, que acuden a los centros de distribución de alimentos, a los que reciben la comida que les llevan a sus casas o desprovistos bajo cualquier otro aspecto.

Se establecieron reglamentos específicos para administrar la distribución de los productos; indudablemente una organización así imponía duras exigencias administrativas a las correspondientes Asociaciones de Voluntarios.

Los Servicios Sociales Católicos tuvieron la gran suerte de contar, en esta ocasión, con la participación benévola de Sor Noreen Grealy, que contestaba a las llamadas telefónicas, rellenaba las fichas de informes y ayudaba a la administración general. Otros miembros del personal la secundaban cuando sus otros cargos se lo permitían.

Estamos profundamente agradecidos a Sor Margaret Barret, Visitadora de las Hijas de la Caridad, por haber delegado a Sor Noreen ante nuestro organismo para ayudarle en esta operación tan importante.

La primera tarea de nuestros servicios fue ponernos en comunicación con las 233 parroquias de la Archidiócesis. Les pedimos que hicieran una relación de las personas de su feligresía, que según los criterios señalados podían tener acceso a las distribuciones gratuitas. Les pedíamos rellenaran después un formulario oficial indicando la cantidad de mantequilla y de carne que deseaban. Dicha carne había que cocerla antes de distribuirla a los consumidores.

Cuando llegaron los formularios de peticiones de todas las parroquias fue preciso ponerse de acuerdo con las empresas de almacenamiento para que recibieran y guardaran los productos. Las parroquias se organizaron entonces para ir a buscar sus pedidos a estos depósitos. Tuvimos la suerte de obtener facilidades de almacenamiento gratuito por parte de la firma Martin, que se encargó de la mantequilla y de la firma Novacold que se hizo cargo de la carne.

Cuando pensamos en la serie de criterios que hubo que establecer en los gastos y la organización que ello exigió, comprobamos la enormidad de la tarea. Se distribuyó un total de 70 toneladas de mantequilla, 15 de carne y más tarde 27 de queso. Las Conferencias de San Vicente de Paúl de toda la Archidiócesis trabajaron en completa armonía con nosotros, llevando a cabo la distribución en condiciones muy difíciles.

Sor Noreen misma describe el otro aspecto de su trabajo:

Como una parte de mi misión es la visita al «Emplazamiento de Viajeros», en la calle Oil, pude conseguirles el derecho a la distribución de alimentos de la Comunidad Económica Europea.

Cocimos en nuestra cocina la carne que les correspondía a ellos; yo hice el reparto de la misma, así como de la mantequilla y queso para llevar a cada familia. Al distribuirles se mostraban muy agradecidos; fue una experiencia que nos enseñó la humildad.

El Párroco de una parroquia próxima no tenía la posibilidad de cocer grandes cantidades de carne; nuestra Hermana Sirvienta encargó al personal de la cocina que lo cociera y cortara en porciones. La gente estaba feliz de recibir su parte. Muchas familias pobres pudieron recibir así ayuda en esta ocasión.

Era hermoso ver la generosidad de las personas dedicadas a la preparación y distribución del alimento suministrado por la CEE, que trabajaban con frecuencia hasta muy tarde y durante los fines de semana. Aunque la alimentación fue gratuita, todo esto ocasionó un esfuerzo colosal de trabajo y de tiempo, que la gente llevó a cabo con cariño y entusiasmo. ¡Que Dios los bendiga y recompense!

En cuanto a nosotras fue a título de Siervas de Cristo en los Pobres como nos implicamos en esta distribución de las «montañas» de alimentos procedentes del sobrante de la CEE.

¡La Fe traslada... las montañas!

Provincia de la India: Servicio a los niños y jóvenes

Las primeras Hijas de la Caridad procedentes de España llegaron al pueblecito de Raika, en el distrito de Orissa, en 1948. Cuando dirigimos una mirada retrospectiva a los comienzos de la Casa de «Santa Catalina», nos quedamos llenas de admiración ante la generosidad y ánimo esforzado con que aquellas Hermanas se enfrentaron con las dificultades que les salían al paso.

Una de las obras emprendidas desde su llegada fue la de la educación de las jóvenes y niñas. Reunieron a un grupo de ellas para enseñar a leer a las que eran capaces de aprender; a todas les enseñaron a coser, a hacer punto, a bordar. Este apostolado exigía mucha paciencia y perseverancia. En efecto, como los pueblos de las chicas estaban dispersos y alejados, éstas tenían que quedarse a vivir en casa de las Hermanas. Durante el día permanecían tranquilas, pero en cuanto llegaba la noche, al sentirse lejos de su entorno habitual, se agitaban y desasosegaban y más de una se escapaba para irse a su casa. Pero como en la selva había animales salvajes y otros peligros, apenas amanecía, las Hermanas salían en busca de las fugitivas.

Con el tiempo, la constancia de las Hermanas produjo efecto. En el año 1960, había alumnas que habían alcanzado el 7.º nivel de primaria; en 1975, se pudo iniciar la Enseñanza Secundaria; en 1979 el primer grupo de alumnas accedía al examen de fin de estudios... Actualmente, las alumnas son 700, de las que 200 residen en régimen de internado.

La Escuela ha hecho mucho en el sentido de la Educación de la Fe de las niñas y jóvenes; también de sus familias. La Asociación de Juventudes Marianas y la de Santa Infancia son grandes puntales para conseguirlo. Las jóvenes tienen gran devoción a la Santísima Virgen y aprecian mucho la predilección manifestada por María hacia la pequeña Compañía, así como la Medalla Milagrosa. Las alumnas del Internado son como la levadura en la masa que mantiene viva la práctica de los valores cristianos en sus casas y en sus pueblos.

Sor Ana

Mes Vicenciano, octubre 1988

***Cuasi Provincia:
El «Ospizio Pontificio Santa Marta»,
Ciudad del Vaticano***

Cuando se habla de Roma y del Vaticano pensamos en seguida en la abundancia y en la magnificencia de los monumentos y de las obras maestras de arte. Pero, al lado de estas riquezas, existe también una gran miseria y pobreza. ¡Cuántos ancianos viven en la soledad, cuántas personas abandonadas, y, desde hace años, cuántas familias de refugiados! La Hija de la Caridad tiene allí muy bien su lugar.

En la ciudad de Roma hay varias casas de Hijas de la Caridad, pero yo voy a hablarles de la que se encuentra en la Ciudad del Vaticano. El Vaticano es un minúsculo Estado cuyo Jefe, el Santo Padre, es a la vez Obispo de Roma. La Ciudad del Vaticano posee su gobierno propio, sus diferentes oficinas administrativas: Banco, Correos, Servicio de Sanidad, etc. sin olvidar la Secretaría de Estado y la parroquia dedicada a Santa Ana.

Entremos, pues, en el Vaticano. Desde la gran plaza en que se levanta la Basílica de San Pedro, nos introducimos pasando delante de los puestos de control de los Guardias Suizos y del personal de Vigilancia. Atravesamos el emplazamiento del circo de Nerón, lugar del martirio de San Pedro. A unos cien metros de distancia, llegamos ante un gran inmueble que lleva el nombre de «Ospizio Pontificio Santa Marta». Está situado justo enfrente de la gran sala de Audiencias, llamada Pablo VI o sala Nervi que tomó el nombre del arquitecto que realizó el proyecto.

¿Cuáles son las obras de las Hijas de la Caridad de la Hospedería Santa Marta? Esta Casa está al servicio de la Iglesia, y, por tanto, a disposición de todas las llamadas del Santo Padre.

Hace más de 100 años, el Papa León XIII llamó a las Hijas de la Caridad para acoger a los peregrinos de condición modesta que iban a visitar la Ciudad Eterna. En 1908, los damnificados del terremoto de Mesina (Sicilia) fueron acogidos en Santa Marta. El Papa Benedicto XV, en 1922, fundó un dispensario para los hijos de familias con dificultades, de la ciudad de Roma, y confió su dirección a las Hijas de la Caridad. A estos Pobres los envían las Parroquias o Caritas Diocesana e incluso Caritas Internacional, ya que desde hace años llegan muchos refugiados a Roma, lo mismo que a todas las grandes ciudades.

Durante el largo período del último Concilio Ecuménico, los participantes de las diversas comisiones preconciliares, conciliares y postconciliares se albergaron allí. Después los locales se adaptaron y se hicieron pequeños apartamentos o sencillas habitaciones para acoger a los Sacerdotes de la Secretaría de Estado y a algunos Nuncios de paso.

Recientemente se ha dado hospitalidad, durante varios meses, a una familia de once miembros, expulsada del Viet-Nam.

Salgamos ahora de la Casa Santa Marta, pero sigamos en la Ciudad. En ella encontramos otros grandes locales con unas cocinas. A mediodía se sirven cerca de trescientas comidas a los empleados y obreros del Vaticano. Los Guardias de Vigilancia toman allí también el desayuno y el almuerzo de mediodía.

Otro gran edificio alberga la Dirección de los Servicios de Sanidad con los dispensarios de diversas especializaciones. Allí es donde yo presto mi servicio principal. Los dispensarios están a disposición de los Eclesiásticos y de las familias de los obreros y empleados del Vaticano. La Dirección de los Servicios de Sanidad es la que se encarga de los puestos de socorro durante las audiencias y ceremonias pontificias. Médicos, enfermeros y Hermanas enfermeras están presentes por turno.

Este es un esbozo de las actividades de las Hijas de la Caridad de la Casa Santa Marta del Vaticano. Una frase del Evangelio se ha convertido para mí en una profunda convicción: «Siempre habrá pobres entre vosotros». Cuando llegué al Vaticano no pensaba que iba a encontrar tantos.

Sor Ana María

Mes Vicenciano, febrero 1989

Provincia de Próximo Oriente: La Escuela de Abbassieh, en Egipto

Egipto es un país muy bello, visitado por millares de turistas. Pero el turista que no se conforme con admirar las tumbas muy ricas de los Faraones, quedará sorprendido al descubrir el Egipto pobre.

Somos actualmente unos 52 millones de habitantes, y parece que aumentamos en un millón y medio cada año. La cuarta parte de la población es cristiana, de mayoría copita y ortodoxa; las otras tres cuartas partes son musulmanas. Lo que hemos escuchado en este Cursillo acerca de la situación de Francia en el siglo XVII es una realidad actual en nuestro país. Hay muchos niños mendigando por las calles, en manos de un amo que les entrena, castiga y se aprovecha de ellos. Hay también, en los hospitales del Gobierno, dos o tres enfermos por cama; hay obreros en las plazas públicas que esperan a que alguien les contrate; familias que no conocen la carne si no es una o dos veces al año. El kilo de carne cuesta 6 dólares y el salario mínimo mensual es de dieciséis dólares.

La Escuela de Abbassieh, en la que trabajo, recibe de 380 a 400 alumnos de cuatro a catorce años. Recibimos a cristianos y musulmanes: aunque somos una Escuela privada, llamada de Lenguas, no tenemos libertad para escoger a los niños que queremos.

La gran mayoría de los niños pobres que recibimos en la Escuela proceden de un barrio muy popular llamado de Manchié, no lejos de los traperos de Sor Emmanuela, a quien todos conocen, y de otro barrio llamado Mousky. En este último se encuentran varias fábricas pequeñas que contratan a niños de 7 a 18 años para desempeñar un trabajo de nueve horas diarias, por medio dólar. Esos niños no pueden moverse de su sitio sin permiso y ejecutan un verdadero trabajo en cadena.

Las familias pobres están compuestas de ocho o nueve personas. Las muchachas se casan a los trece años y se quedan viudas muy jóvenes, o bien las abandona el marido dejándolas con seis o siete hijos y sin recursos. Los hombres reniegan con facilidad de su Fe cristiana para adoptar la musulmana que les facilita más la vida. Durante estos dos últimos años, se han contado unas diez mil conversiones al Islam. Los cristianos pobres suelen ser ignorantes en su Fe, y además, al hacerse musulmanes, los integristas les ayudan económicamente.

Cuando algún niño muy pobre llega a la escuela, para que no aparente menos que sus condiscípulos, le proporcionamos calzado, uniforme y material escolar. Pero ¿cómo hacer trabajar su inteligencia cuando el estómago está vacío? Sor Férialé y Sor Helena se ingenian para prepararles con gran cariño, todos los días a las diez, un tazón de leche caliente, cosa que aprecian muchísimo. El pequeño Guergués, de 3 años y medio, huérfano de padre y madre, a los que ha visto matar por un pariente próximo, y que luego ha sido recogido por un tío leproso, suele reclamar el segundo y hasta el tercer tazón... Por lo demás, no es el único. A mediodía, un buen plato caliente les espera en el comedor. Con frecuencia vemos a alguno que se guarda la naranja en el bolsillo, para poder compartirla por la noche con sus padres o hermanos.

Algunos de estos niños son inteligentes, pero otros no lo son tanto y necesitan que se les ayude y siga más. En esto descubrimos la caridad de algunos de nuestros profesores que aceptan con gusto, después de las horas de clase, proporcionarles esa ayuda para profundizar en lo que han escuchado.

En nuestra escuela enseñamos el catecismo a los cristianos cuando los musulmanes siguen la clase de Corán en otra aula. Pero tres clases de cuarenta y cinco minutos a la semana, no bastan para darles una formación sólida, teniendo en cuenta, además, el escaso bagaje de Fe que poseen. En vista de ello, hemos organizado una reunión catequística todos los viernes (día de asueto semanal) para ellos y sus familias. Actualmente asisten a esa reunión cincuenta y seis madres, veinte adolescentes y cincuenta niños. Cuando vienen, lo hacen un poco antes de la hora fijada, para poder disfrutar del jardín tomando el sol. Para la mayoría constituye un paseo.

Es cierto que los Pobres nos evangelizan. A pesar de todo lo que tienen que sufrir, se les ve sonrientes, acogedores y dan gracias a Dios por todo. ¿Será fatalismo, como dicen algunos? Quizá. pero yo veo en ello un hermoso abandono en manos del Señor.

La Mies es mucha, pero los obreros son pocos. Pidan con nosotros al Dueño de la Mies que envíe obreros a su cosecha.

Sor Charlotte

Mes Vicenciano, febrero de 1989

Provincia de Nápoles (Italia): «Cuando Dios pasa, hay que guardar silencio»

Es siempre difícil dar testimonio en profundidad de lo que se vive. El paso de Dios a través de la vida de los Pobres me sume en admiración, y cuando Dios pasa hay que saber guardar silencio. Esta noche yo hubiera preferido callarme y dejar hablar a los Pobres, que hubieran dicho mejor que yo lo que quiero compartir con ustedes.

Actualmente, vivo en situación «provisional» y en pobreza; pero siento que Dios está ahí y que actúa. En marzo de 1987, se celebró en Nápoles, durante tres semanas, una Misión predicada por los Sacerdotes de la Misión en el barrio llamado «Traiano», en el que la droga, el desempleo, la delincuencia, el alcoholismo y la prostitución constituyen la base de la vida del barrio. Algunos seglares ayudaron a los Misioneros y yo acompañé a un grupo de jóvenes, pensando que no permanecería en tal barrio más que unos días para reanudar en seguida mi servicio, que había interrumpido.

Los Misioneros levantaron en la plaza una gran carpa o tienda de campaña, con el fin de llamar la atención y atraer a los jóvenes, a los que la Misión les interesaba muy poco. El medio empleado fue eficaz y, en efecto, los jóvenes fueron acercándose, unos por curiosidad, otros por ironía, otros realmente buscando algo que diera sentido a su vida.

Y resulta que en el momento de marcharme, se me pidió que me quedara durante todo el tiempo de la Misión para recibir a los jóvenes, precisamente en la famosa carpa, y allí escucharlos.

Al finalizar la Misión y reintegrarme a mi oficio en el Centro Social de Tarento, me decía yo a mí misma: «En ese barrio es muy difícil trabajar, no volveré a él nunca». Pero he aquí que los jóvenes del barrio Traiano que habían tomado parte en la Misión, se fueron a ver a Sor Visitadora para decirle: «¿De qué sirve dar una Misión para luego dejarlo todo como estaba antes?». La Visitadora escuchó la petición de los jóvenes, aquellos jóvenes que habían pasado por la cárcel, que conocían la droga y la delincuencia... y allí estoy de nuevo, con ellos.

Mi miedo del principio se ha transformado en caridad porque ellos me han enseñado a amar. Es Dios quien me precede; su obra, su acción exceden con mucho lo que yo podría hacer, están por encima de mi preparación, de mis pobres medios. En efecto, mi preparación no responde a ese género de servicio, pero he descubierto que la verdadera terapia es la relación humana acompañada de amor.

Hemos intentado encontrar una casa para establecer en ella un Centro, pero ha sido imposible. Entonces, varias veces por semana voy a Traiano en autobús. Con frecuencia tengo que estar esperándolo mucho tiempo, porque en Nápoles los medios de transporte dejan que desear. No me desconcierto, sin embargo; sé que el Señor me precede, estoy segura de ello, y mi espera se transforma en oración: «Señor, te ofrezco este tiempo». Estoy experimentando lo que es el abandono en Dios: es lo más hermoso que puede darse, y permanezco en paz.

El Señor hace patente su misericordia y su Amor. El es quien actúa. Entre estos jóvenes los hay que verdaderamente han cambiado de conducta. Ciro, muchacho que desde los 11 años estaba acostumbrado a robar, hasta a atracar a mano armada, está completamente transformado. Tiene ahora 25 años. A él le he preguntado qué quería que le dijera a la Virgen, y me ha respondido: «Dile una sola cosa: ¡Gracias!, porque ahora puedo de nuevo dirigirme a mis padres llamándoles: Papá y Mamá. Llevo una vida normal y por las noches puedo retirarme a casa con tranquilidad sin el temor de que me detengan.».

La Comunidad local de la Casa Provincial me ha ayudado mucho en este servicio. Ha acogido a estos jóvenes y les ha ayudado a encontrar trabajo. A veces me dicen ellos: «¿Cómo es posible que aquí nos quieran? ¿Saben quiénes somos?».

Actualmente, me ocupo del Centro de Acogida que hay anejo a la Casa Provincial; me ayuda un grupo de Voluntarios Vicencianos. Ultimamente se nos presentó una mujer a la que su marido, que acababa de enterarse de que una de sus hijas estaba embarazada, le había propinado una paliza y la había echado de casa en plena noche con sus tres hijas. La mujer estaba desesperada y a punto de suicidarse. Llegó al Centro y al cabo de unos días nos decía: «Yo creía que en este mundo no existía más que la maldad y la violencia; ahora he recobrado la paz. Es verdad que Dios existe». Después de pasar algún tiempo en el Centro, esta mujer se ha despedido de nosotras una vez que ha encontrado trabajo. Ahora vive tranquila.

Este Centro de Acogida tiene como finalidad ofrecer una respuesta inmediata a todos aquellos que se nos presentan.

Desearía terminar este testimonio con una plegaria:

«Señor, te doy gracias porque los Pobres me evangelizan. A través de ellos me enseñas Tú a ser pobre y humilde; me enseñas a tener confianza en Ti, Autor de todo bien. ¡Gracias, Señor!»

Sor Paola

Mes Vicenciano, febrero de 1989

*Provincia de San Sebastián (España):
«Es Dios quien te envía»*

Hace dos años fui destinada a Bilbao, Comunidad «La Ronda», así llamada por el nombre del barrio. Hasta entonces, mi servicio a los Pobres había transcurrido en Centros Hospitalarios; pero ahora todo parecía que iba a cambiar para mí.

El barrio estaba en gran deterioro a todos los niveles: prostitución, droga, gitanos, pobreza y miseria... Entre una y otra cosa se puede hacer una distinción. ¿Cuál sería mi trabajo? Como a todo no podía llegar, intenté buscar con preferencia a personas mayores sin familia y sin recursos. Y me encontré con mujeres que en su juventud habían «trabajado en la calle» (prostitución). Llegadas a mayores, se encuentran en la pobreza, física y materialmente. Pero, cosa curiosa, su espíritu no se halla abatido, aceptan su situación y tratan de superarla sin amargura. Para mí hay un interrogante: muchas entre estas mujeres han pasado su niñez en nuestros Centros, nuestras Instituciones; pero las circunstancias, de soledad en muchos casos, las han empujado a caer tan bajo.

Entrar en contacto con ellas es fácil. Abren sus puertas y cuentan su vida: «Verdaderas novelas», como dice Nieves. No saben cómo expresar su agradecimiento por el interés que nos tomamos por ellas: tienen la dura experiencia de que todos los que se les han acercado ha sido para sacar provecho. Buen número de ellas han tenido a su disposición mucho dinero; ahora no tienen nada, sólo su soledad, su pobreza y... ¡su hígado destrozado por el alcohol!

¿En qué consiste mi trabajo? Atenderlas en sus casas, limpieza, costura, comida, acompañamiento... y buscar los recursos oficiales para que puedan percibir la ayuda económica de «Bienestar Social». Hay que tener en cuenta que estas mujeres no han trabajado, no han cotizado con su Empresa a la Seguridad Social. Ahora bien, como la mayoría no han alcanzado los 69 años, edad a la que se tiene derecho a esa pensión, hay que tramitarla por minusvalía, y esto requiere pasar una serie de revisiones médicas. Aquí también es importante el acompañamiento; siempre se puede hablar con los médicos en beneficio de ellas, y es lo que hago.

Algunos casos les darán más idea de lo que es esta pobreza.

Eduarne, 68 años. Tuvo una familia buena, respetable. Pero ella misma dice: «yo soy la oveja negra». Se casó con un italiano durante nuestra guerra civil y se fue a vivir a Italia. El matrimonio tuvo dos hijos. Sin saber cómo, empezó a beber y con ello llegaron los disgustos familiares. Un buen día, después de una discusión, sin pensarlo más, cogió a su hijo y se vino a España, a Bilbao. La falta absoluta de recursos la metió en el mundo de la prostitución. Parece ser que ha ganado todo el dinero que ha querido; pero de la misma manera que lo ganaba, lo gastaba o se lo robaban. El hijo vive en Valencia; la hija y el marido siguen viviendo en Italia; pero desde que se enteraron de su vida, no ha vuelto a saber de ellos.

Cuando está enferma, la atiendo en su casa, en condiciones de pobreza. No tiene lavadora, ni agua caliente. La cocina es un «camping-gas» en el que no se puede poner más que un solo recipiente al fuego; pero ella está contenta. le he insinuado que sería bueno pensar en una Residencia; le parece muy bien, pero... un poco más adelante, cuando no pueda más.

Begoña, 70 años. Ha «trabajado en la calle». Vive pobremente, sin calefacción, ni lavadora, ni agua caliente, pero contenta. Cada vez que voy a su casa, vuelvo dando gracias a Dios y diciendo como San Vicente: «Los Pobres nos evangelizan». En una ocasión, Begoña me dijo: «Todo lo que haces por mí, no eres tú; es para que veamos que Dios es bueno; El es quien te manda para cumplir conmigo el Evangelio». ¡Qué tema de meditación para mí!

Hay tantos otros casos iguales y, sin embargo, cada uno distinto. Uno tras otro me recuerdan mi condición de sierva, me recuerdan que estas mujeres son mis «amas y señoras»... que a veces son amas exigentes. Por mi parte, sólo me queda vivir cada día más, cada día mejor mi «Totalmente entregada a Dios para el servicio de los Pobres».

Sor Rosalina

Mes Vicenciano, febrero de 1989